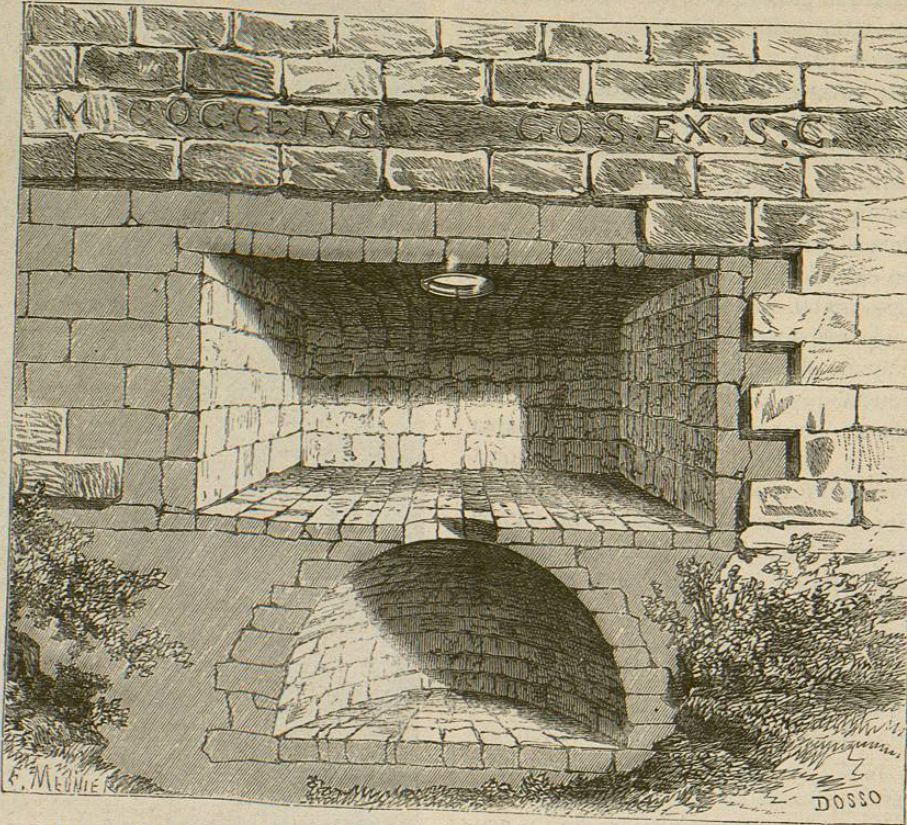


se reprodujo la discusión, pero llena de cólera y violencia. «Es odioso, decía César, desear lo que mi voto tiene de humano y sólo tomar la disposición rigorosa.» Apremiado el cónsul para que terminara el asunto, consintió en que no se hablara de confiscación en el senadoconsulto. Un momento fué tan grande el desorden que los caballeros que rodeaban el templo hubieron de invadir la curia buscando á César para matarlo; pero los senadores se interpusieron haciéndole una muralla con sus cuerpos.

Cicerón no perdió un momento para no dar tiempo á César á que hiciera intervenir los tribunos, ni al senado, arrastrado á su causa, el de retractarse. El mismo fué á sa-

car á Léntulo de la casa en que estaba detenido en el Palatino y lo condujo al Tuliano, adonde los pretores llevaron á los demás conjurados. Los triunviros capitales los esperaban ya. Léntulo fué estrangulado primero, y sobre su cadáver, Cetego, Gabinio, Estatilio y Cepario sufrieron uno tras otro la misma suerte.

Cuando el cónsul atravesó por segunda vez el Foro al bajar de la prisión, no dijo más que esta palabra: *Vivieron*; y la multitud, poseída de estupor, se disolvió en silencio (5 diciembre 63). Nadie dijo entonces que el cónsul ni los Padres acababan de dar un golpe de Estado usurpando facultades que la ley no les daba. Pero algún día pedirán



El Tuliano (*Tullianum*). Corte de la prisión en que se ejecutaban las sentencias de muerte (1)

cuenta de ello, Clodio á Cicerón y César al senado: tarde ó temprano se expían las faltas políticas.

Las ventajas obtenidas sobre los rebeldes por los generales del senado habían dado sin duda á Cicerón la confianza de llevar á cabo lo que él miraba como el honor de su consulado y un gran servicio prestado á la patria. En todas partes se habían reprimido los movimientos con la sola presencia de las tropas: sólo en la Etruria había habido seria resistencia. Cicerón que había comprado con la cesión del lucrativo gobierno de Macedonia la cooperación

(1) La prisión en que la justicia de Roma hacía ejecutar á los reos de muerte, criminales vulgares y reyes y héroes vencidos, como Yugurta y Vercingetorix, se componía de dos cuerpos ó calabozos sobrepuestos, el *Mamertino* y el *Tuliano*, que ya hemos reproducido. Ahora damos aquí el corte de los dos terribles y pavorosos calabozos. El *Mamertino*, de 20 pies de largo y 16 de ancho, estaba formado de grandes bloques de peperino ó toba volcánica y no tenía puerta, pero se comunicaba por una angosta abertura con el Tuliano ó calabozo inferior, más pequeño y de forma casi circular. Aquí era donde se estrangulaba á los reos de muerte. Luego se sacaban los cadáveres para exponerlos en las gemonias, desde donde con garfos de hierro se arrastraban al Tiber. A aquel rencoroso pueblo no le bastaba el suplicio de sus enemigos; necesitaba ultrajar sus restos y perseguirlos hasta en la muerte, negándoles sepultura. Según la tradición cristiana, San Pedro estuvo encerrado en el Tuliano, que ha venido á ser la capilla de *San Pietro in Carcere*.

de su colega Antonio, lo había puesto á la cabeza de las fuerzas dirigidas contra Catilina, pero haciendo vigilar todos sus pasos por uno de sus amigos más íntimos, por el cuestor Sextio. Este ejército cubría á Roma, mientras otro á las órdenes de Metelo ocupaba la Cisalpina y amenazaba la retaguardia de Catilina.

Catilina había reunido veinte mil hombres, pero sólo cinco mil tenían armas. En vez de atacar de improviso, perdió un tiempo precioso en negociar la defección de Antonio. Pero á la noticia de la ejecución de Léntulo y sus cómplices, conoció Antonio que la causa de los conjurados estaba perdida y movió al fin su ejército. Con esto se determinó rápidamente la deserción en las filas de Catilina, y al cabo de algunos días no le quedaban más que tres ó cuatro mil hombres.

Quiso entonces batirse en retirada, atravesar el Apenino, ganar los Alpes y alcanzar la Galia para hacer lo que Sertorio. Pero á su espalda guardaba Metelo todos los pasos, y retrocedió desesperado sobre el ejército consular, que Antonio había puesto á las órdenes de Petreyo, viejo y hábil soldado, y se encontraron no lejos de Pistoya.

Antes de la batalla, echó pie á tierra Catilina, dando como Espartaco libertad á su caballo, y se colocó en el centro de un cuerpo escogido. La acción fué encarniza-

da (1); ningún soldado retrocedió un paso ni menos pidió cuartel; todos murieron matando. El mismo Catilina estaba, cuando lo buscaron, bien delante de los suyos, respirando todavía á pesar de sus muchas y mortales heridas. Cortáronle la cabeza y la enviaron á Roma.

La historia, bien que condenándolos, guarda cierta piedad para esos grandes facciosos que saben morir tan bien. Y la imaginación popular hace más aún que la historia: en Roma se cubrió de flores su sepulcro, como se hará más tarde con Nerón; y en las más antiguas crónicas de Florencia, Catilina tiene el carácter de un héroe nacional (2).

Al ver este fácil éxito y la poca sangre que hizo derramar, en Roma, la de cinco personajes oscuros ó envilecidos, y en el campo de batalla, la de una tropa, más bien que ejército, de veteranos mal mirados en toda Italia, se ve uno obligado á pensar que la elocuencia de Cicerón hubo de engañarse sobre la importancia verdadera de este hecho histórico. Creía el grande orador haber sofocado una facción formidable y sólo había vencido una conspiración vulgar. Los impuros elementos que Catilina reunía no habían podido adquirir la consistencia de un partido político. De aquellos conciliábulos podían muy bien salir el asesinato y el incendio, pero no una revolución; porque las revoluciones se hacen por las ideas y las necesidades de una clase que es ó puede ser la mayoría. Las pasiones egoístas no engendran más que estériles conspiraciones.

### III. — TURBULENCIAS DE ROMA HASTA LA FORMACION DEL PRIMER TRIUNVIRATO (62-60).

Sin embargo, este audaz golpe contra la sociedad fué un momento útil á los que la gobernaban y al parecer la habían salvado. El senado había dado pruebas de vigilancia y energía y se creyó en su fuerza; hasta él mismo se abandonó á esta ilusión. Pompeyo le pareció menos grande, César menos temible, y olvidó la indignación que había mostrado el día en que Tarquinio acusó á Craso de complicidad con Catilina. Cicerón particularmente se lisonjeaba de haber espantado para siempre á los ambiciosos y á los partidos. «Cedan las armas á la toga,» exclamaba deslumbrado el consular. Y para seguir siendo el héroe de la paz, de la ciudad, no quiso aceptar su gobierno de la Cisalpina.

Pronto se desengañó. Había escrito á Pompeyo de igual á igual, de vencedor á vencedor, de potencia á potencia, y Pompeyo no se dignó contestarle. Ya, para humillar el orgullo del advenedizo, había despachado el general á Roma á Metelo Népote, uno de sus oficiales, el cual obtuvo fácilmente el tribunado y se declaró enemigo del cónsul. Al dejar las fascas consulares se había prometido Cicerón dirigir una arenga al pueblo para glorificar su *inmortal* consulado, que dicho sea de paso, aparte la ejecución de Léntulo y sus cómplices, no se distinguió por nada, á no ser por dos leyes sin importancia. «El hombre que no ha

(1) Se dió esta batalla algunos días después de la entrada en funciones de los nuevos cónsules. *En ἀρχῇ αὐθιγῶν τοῦ ἔτους ἐν ᾧ Ἰουλιόσ τε Σιλανός καὶ Λούκιος Λικίνιος ἦσαν*, por consiguiente á principios del año 62 (á mediados de marzo del año verdadero) (Dion, XXXVII, 39; Tito Livio, Epi. CIII). El asunto no acabó aquí: por espacio de cerca de un año, hubo acusaciones y destierros (Cic. *pro Sulla*, y Dion. XXXVII, 41). En cuanto al vencedor, el cónsul Antonio, gobernador de Macedonia el año siguiente, se deshonró en su gobierno con tan escandalosas exacciones, que fué desterrado, sin que quisiera César levantarle el destierro el año 49.

(2) Malespini, *Istor. Fiorent.* cc. 13-21. Se han encontrado cerca de Fiesole monedas cuya más reciente fecha data del consulado de Cicerón.

permitido á los acusados defenderse no se defenderá,» dijo el tribuno. Y le ordenó limitarse al juramento de costumbre de no haber hecho nada contrario á las leyes. «Juro, exclamó Cicerón, juro haber salvado la república!» A este elocuente grito, Catón y los senadores contestaron saludándolo con el título de Padre de la patria, que el pueblo confirmó con sus aplausos.

Pero cuando se hubo pasado la embriaguez de este último triunfo, recobrando Cicerón su calma, vió mejor la situación. Pompeyo se separaba de él y del senado; Craso acusaba á Cicerón de haberlo calumniado y le guardaba profundo rencor; un tribuno, en fin, parecía amenazarle con una acusación capital, á pesar del senadoconsulto por el cual se prohibía toda acción contra los que habían ayudado á castigar á los conjurados.

El prudente consular se dió á buscar el medio de aplacar todos estos resentimientos: procuró calmar á Craso; proclamó en alta voz el celo que había mostrado César, y se humilló ante Pompeyo, á quien puso por encima de Escipión pidiéndole el cargo de Lelio. Fué á buscar amigos hasta entre los cómplices de Catilina: Publio Sila fué defendido por el mismo Cicerón, que lo sacó absuelto de la acusación, á pesar de la evidencia de las pruebas. Si hubiéramos de dar fe á la afirmación de Aulo-Gelio, el acusado hubo de *prestar* á su defensor dos millones de sestercios, que le sirvieron para comprar una magnífica casa (3).

En cuanto á Metelo Népote, tenía por colega en el tribunado á un ciudadano con quien Cicerón y el senado podían contar, M. Porcio Catón. Hombre cerrado, impenetrable, severo, que no transigía con nada ni con nadie, ni aun consigo mismo, Catón fué acaso, entre todos los personajes de la antigüedad, el que llevó más lejos la idea del deber. Como su abuelo, cuya rudeza tenía, se hizo el censor de los hombres de su tiempo; sin tregua ni descanso combatió por lo que él creía el derecho, y cuando creyó que debía á su causa el último ejemplo, se dió la muerte con su propia mano para que su sangre saltara sobre la corona del vencedor y quedara en ella como la protesta suprema de la libertad.

Por desgracia, aquel hombre de bien, que siendo pretor iba al tribunal descalzo y sin túnica bajo la toga, se hacía ridículo con su afectación de rusticidad y no comprendía ni las cosas ni los hombres en cuyo roce vivía (4). Era uno de esos conservadores exagerados que quieren detener el tiempo y resucitar á los muertos. Catón el Antiguo, espíritu original y sano, ejerció grande influencia; su nieto no ejerció ninguna; ni siquiera llegó al consulado, ni vive sino por su muerte, en la memoria de la posteridad.

Había sido ya cuestor: sus predecesores, todos jóvenes nobles, muy pronto fatigados y aburridos de números y negocios de rentas, abandonaban, para ir á sus placeres, tan enojosas funciones á los escribientes del tesoro; y de aquí el espantoso despilfarro de los caudales públicos, créditos supuestos, que eran admitidos, débitos al tesoro que no se pagaban. Catón había vigilado á estos empleados, y á pesar de sus clamores y de la protección interesada de altos personajes, consiguió hacerles entrar en el camino

(3) Aul. Gel. *Noct. Att.* XII, 12. Los grandes abogados de Roma tenían la pretensión de no recibir nada de sus clientes, y sólo á los amigos prestaban el auxilio de su elocuencia. Cicerón lo dice en muchos lugares y reprocha á Hortensio, en las *Verrinas*, por ejemplo, que no sea desinteresado su celo. Los clientes debían pagar los días de elección; por otra parte, los presentes sustituían los honorarios.

(4) Queda, sin embargo, una carta de él, dirigida á Cicerón, que nadie esperaría verla firmada con su nombre, y en la cual se burla muy ingeniosamente y sutilmente del gran burlador (*Ad Fam.* XV, 5).

del orden y del deber. Los asesinos de los proscritos se habían hecho pagar hasta dos talentos por cada cabeza que presentaban. Catón los persiguió como detentadores de fondos públicos, obligándolos á la restitución. Habiendo encontrado unos registros donde estaban apuntadas todas las rentas de la república, los compró por cinco talentos, y luego que dejó el cargo, se cuidó siempre de tener algún amigo en el tesoro, para tomar nota de todos los actos, como igualmente hacía que le enviaran de las provincias las órdenes y juicios de todos los gobernadores.

Los senadores le temían, porque no consideraba á nadie; pero el senado lo estimaba, porque este cuerpo tenía en él un campeón intrépido. Hemos visto su conducta en el juicio de Léntulo. Poco tiempo antes iba camino de Lucania á visitar su hacienda, cuando encontró un largo convoy de bestias de carga y bagajes. Preguntó á quién pertenecía todo aquello, y como le dijieran que á Metelo Népo-te, que volvía á Roma á pretender el tribuno: «Pues no es ocasión de ir al campo á descansar, dijo para sí Catón: este agente de Pompeyo va á caer sobre el gobierno como un rayo.» Y sin pasar adelante, desanduvo su camino y pidió para sí mismo el tribuno.

El pueblo acababa de vender á Murena las fasces consulares: Cicerón lo sabía, pero enfrente de Catilina en armas, creyó que era peligroso condenar á un noble y hacer otra elección, y á pesar de su ley Tulia, tomó la defensa de Murena, á quien Catón acusó, extraño á toda prudencia interesada. Para destruir el ascendiente de su nombre, abrumó de sarcasmos aquella tan rígida virtud. «¿Queréis saber, oh jueces, lo que es un sabio del Pórtico? No concede nada al favor; no perdona jamás. Él solo es bello, aunque sea deforme; él solo es rico, aunque sea miserable; es un rey, siquiera sea esclavo. Nosotros, que no tenemos sabiduría, somos fugitivos, desterrados, enemigos, locos. Todas las faltas son iguales; todo delito es un crimen. Estrangular á su padre ó retorcerle el cuello á un pollo, sin necesidad, es lo mismo. El sabio no duda jamás, no se arrepiente jamás, jamás muda de dictamen.» Y así continuó buen espacio.

Catón se limitó á decir: «Tenemos un cónsul muy chistoso» Y no le guardó por ello ningún rencor ni resentimiento; lo sostuvo contra César y fué el primero que le saludó en ocasión solemne con el nombre de Padre de la patria.

Cicerón esperaba haber reunido en un partido solo á los que llamaba hombres de bien, es decir á los ricos: los caballeros, en efecto, se reunieron en él. El objeto de este partido debía ser la defensa del poder preponderante del senado, la conservación de los privilegios de los nobles y las fuentes de la riqueza de los caballeros; en una palabra, el mantenimiento del orden establecido, sin deseo de mejorar ni legitimar aquel gobierno disminuyendo sus abusos. Para conservar esta unión, se prestaba Cicerón á todo, hasta á echar un velo sobre las faltas de los nobles: juez de Léntulo, acababa de defender y salvar á Sila.

Sólo Catón desenmascaraba brutalmente á los culpables así del pueblo como de la nobleza; pero en todas partes también encontraba un noble para detener su mano: Cicerón le arrebató á Murena y Cátulo llegaba hasta la violencia para salvar á un oscuro escribiente. Catón, sin embargo, procuró dar á este partido alguna popularidad haciendo que el senado decretara una distribución de trigo á los pobres, que costó anualmente al Estado mil doscientos cincuenta talentos.

A esta medida contestaron los jefes populares, á pesar de la viva oposición de los Padres, con la supresión, en favor

de los negociantes, de los derechos de entrada y salida en toda Italia (1); muy en breve propondrá César enajenar en provecho de los pobres los últimos restos del dominio público en la Campania. Así, cada cual, hasta Catón, por intereses de partido, aumenta los gastos del Estado y disminuye los ingresos; táctica cuyo uso no se ha perdido. A lo menos, las medidas de Metelo y de César favorecerán al comercio y á la agricultura, mientras la ley frumentaria de Catón aumentará la perezosa multitud del Foro, que tendrá que reducir en su dictadura el vencedor de los grandes.

Cátulo, el jefe del senado, había comenzado la reconstrucción del Capitolio, y no se descuidó en asegurar el honor, á que un romano daba mucha importancia, de grabar su nombre en el monumento. Desde el primer día de su pretura, propuso César que se confiara á Pompeyo el cuidado de acabar el nuevo templo, lo que le daría el derecho de poner su nombre en el lugar del de Cátulo. El asunto era de poca importancia, como quiera que sólo era una cuestión de vanidad; pero muestra la persistencia de César en su política, respecto de Pompeyo, y la oposición creciente entre los populares y los nobles. Estos, á la noticia de la proposición de César, se olvidaron de enviar, según el uso, sus felicitaciones á los nuevos cónsules, y acudieron en tan crecido número al Foro, que el pretor, satisfecho de haber manifestado una vez más sus intenciones, dejó dormir el asunto.

Metelo fué más lejos: pidió que se llamara al procónsul de Asia con todas sus fuerzas y se le encargara el restablecimiento del orden en la ciudad. La rogación parecía amenazar sólo á Catilina, que se sostenía aún; pero en realidad iba dirigida contra Cicerón y la oligarquía. Catón juró que no pasaría la proposición, mientras él tuviera vida.

La mañana del día en que votaban las tribus hizo Metelo ocupar por gladiadores el templo de Cástor, que daba á la plaza, y se sentó en lo alto de las gradas al lado de César. Catón hendió audazmente la multitud armada y fué á colocarse entre el tribuno y el pretor para impedirles que se comunicaran. Cuando se comenzó á dar lectura del texto de la rogación, Catón interrumpió el acto: habiendo tomado Metelo las tablillas, se las arrancó y las rompió; quiso entonces el tribuno recitarla de memoria, y un amigo de Catón le tapó la boca.

El pueblo batía palmas; pero á una señal de Metelo acudieron los gladiadores y muy luego aventaron la muchedumbre. Catón, que no quiso huir, corrió grave peligro, del que á duras penas pudo Murena salvarlo. Al cabo de algún tiempo, se presentaron en armas los nobles, y entonces Metelo tuvo á su vez que huir hasta de la ciudad yendo á una quinta de su patrono.

Engañados los senadores sobre su fuerza real por esta nueva victoria, y tomando el hábito de los golpes de Estado, declararon al tribuno y al pretor suspendidos de funciones. César no hizo caso al principio de este decreto, queriendo llevar á los nobles á una violencia que le permitiera presentarse al pueblo como una víctima del senado. Cuando los nobles le amenazaron con emplear la fuerza, si no obedecía, entonces César despidió á sus lictores; pero el efecto que él esperaba estaba ya producido: la multitud en masa acudió á él y le ofreció mantenerlo contra todos en el cargo que el pueblo le había confiado, y el senado, para no poner esta aparente abnegación á una prueba demasiado larga, revocó su decreto.

Algún tiempo después, Vecio, uno de los espías de que

(1) Propuesta el 60 por el pretor Metelo Nepote (Dion, XXXVII, 51).

Cicerón se había servido para descubrir los hilos de la conspiración, y que desde entonces tenía delaciones bien dispuestas para quien quería pagárselas, hubo de citar á César ante el cuestor Novio Niger, como cómplice de Catilina, y otro lo acusó también en pleno senado de haber estado afiliado á la conspiración, y éste lo sabía de boca del mismo Catilina, según decía. Cuando este rumor se extendió por la ciudad, el pueblo acudió otra vez á salvar á su jefe haciendo oír al rededor de la curia gritos amenazadores.

Con esto se dió buena prisa el senado en declarar la acusación calumniosa; Cicerón habló contra ella, y Vecio, entregado á César, por poco no perece descuartizado por la indignada muchedumbre. En cuanto al cuestor que había recibido en su tribunal una denuncia contra un pretor, magistrado superior á él, César lo redujo á prisión para enseñarle á respetar el orden jerárquico de los poderes públicos.

César tenía el don de los grandes políticos que saben hacer servir hasta á sus rivales al éxito de sus designios: se había servido de Pompeyo para destruir la obra de Sila; se sirvió de Craso para derribar en ruinas la obra de Cicerón, segundo renacimiento del partido senatorial. Más que ningún otro de los contemporáneos de César, Craso le fué sacrificado; hízose de él un personaje ridículo, verdadero héroe de comedia, especie de finiquito en aquella terrible partida que jugaron los otros dos triunviros. Se olvida que como general, podía ponerse al nivel de Pompeyo y de Lúculo, y que si sus victorias habían sido menos ruidosas, fueron en cambio más honorables, como quiera que dos veces habían salvado la existencia de Roma contra los gladiadores y contra Telesino. Mientras Pompeyo se pasaba al pueblo, Craso permanecía fiel á la constitución corneliana; y por espacio de siete años fué, con Cátulo, el jefe del senado.

Sus inmensas riquezas, botín de la guerra civil, le dieron clientes hasta en aquella asamblea; y sus esclavos de que podía formar un ejército, sus libertos, sus deudores, sus inquilinos, pues poseía muchos barrios de Roma, hacían precioso su apoyo para hacer ó atajar un movimiento.

Los grandes cometieron la falta de enajenárselo y le mostraron cuál debía ser su aliado, cuando lo envolvieron, con César, en vagas sospechas de complicidad con Catilina. En el senado no había ya atenciones sino para Cicerón, Catón y Lúculo (2), y se hablaba del próximo regreso de las legiones pompeyanas. Contra la oligarquía, ya tan altiva y confiada, contra el procónsul de Asia, su antiguo adversario, Craso debió acercarse al hombre perseguido también por la oligarquía. César se apresuró á aceptar la amistad del opulento consular, pero al principio en provecho de otro.

Clodio, patricio de petulante y ambicioso natural como todos los de su raza, y desde su primera juventud cargado

(1) Estatuita de bronce encontrada en los alrededores de Nápoles. La Buena Diosa, protectora de las matronas fecundas, lleva un párvulo en mantillas en una mano y en otra un cochinillo de leche, víctima sacrificada ordinariamente á la Buena Diosa, como á Ceres y á Proserpina (Saglio, Diccion. de Antig. fig. 868, p. 726).

(2) Salustio afirma haber oído con frecuencia á Craso quejarse de Cicerón. Veleyo Patérculo hace honor á las costumbres de Craso diciendo: *Vir cetera sanctissimus immuniisque voluptatibus* (II, 46).



La Buena Diosa (Bona Dea) (1)

de deudas y de vicios, hubo de introducirse en traje de mujer en la casa de César durante la celebración de los misterios de la Buena Diosa, no profanada nunca por la mirada de un hombre. No bien entró cuando fué descubierto. Las devotas gritaron en son de escándalo y los pontífices hicieron que comenzaran de nuevo los interrumpidos y profanados misterios.

Por sus conexiones con el partido popular se había enajenado Clodio la voluntad de los grandes, los cuales aprovecharon esta ocasión para perder á este nuevo enemigo y embarazar á César, á cuya mujer había comprometido Clodio. Con tal propósito lo hicieron acusar de sacrilegio. Cicerón y los hombres tranquilos vacilaban, pero Catón apremiaba, y las matronas, que se creían ofendidas, ponían en conmoción toda la ciudad. Sobre todo se esperaba con impaciencia la conducta de César.

César defraudó las esperanzas de todos: para conciliar su honor con sus intereses, repudió á su mujer; no porque fuera culpable, sino porque la mujer de César, decía él mismo, no debía ser siquiera sospechosa, y salvó á Clodio, haciendo que Craso le prestara el dinero necesario para comprar á sus jueces.

Impelido Cicerón por Terencia, su mujer, que se mezclaba en todos los negocios y quería en esta ocasión enemistarlo con los Clodios, hizo una declaración abrumadora que expió luego cruelmente. El senado creía la causa ganada: á solicitud de los jueces les había concedido una guardia y recomendado á los magistrados que velaran por su seguridad. Pero en la urna se encontraron luego treinta y una cédulas que absolvían por veinticinco que condenaban. «Con que nos pediais la guardia para asegurar vuestro dinero!» dijo Cátulo á uno de los jueces.

«Bien conoces á ese calvo (Craso), escribe Cicerón á Atico: él es quien lo ha dirigido todo; él ha prometido, caucionado, dado; sus turbas de esclavos invadieron el foro, y los hombres de bien tuvieron que retirarse todos.» Así el tribunal que pronunció la absolución, no era para él más que un garito, una reunión de bribones, «de senadores destituidos, de caballeros derrotados, de tribunos del tesoro tan cosidos de deudas como descosidos de hacienda.»

César que había repudiado á su esposa por la sombra de una sospecha, se concedía á sí mismo mucha licencia; pero hacia servir también sus amoríos á la política. No, no era casual encontrar á sus amadas en las casas donde mejor podían ayudarle en sus designios: Tértula, mujer de Craso; Mucia, de Pompeyo; Postumia, de Sulpicio, de quien hizo un amigo de César, y otras muchas aun, y ante todas, Servilia, hermana de Catón y madre de Bruto el tiranico. Servilia, que era viuda, lo amó siempre con pasión, mas por desgracia no tuvo sobre su hermano ni sobre su hijo la influencia que Postumia sobre su marido. Las mujeres de entonces tomaban parte en la política; era un nuevo estado ó fase de las costumbres, que se ha señalado anteriormente y que indica, con tantos otros síntomas, el fin de la antigua aristocracia, en que no se trataba de la mujer, sino para decir: «Queda en casa hilando la lana.»

El descalabro sufrido por los magnates en la causa de Clodio era grande, porque era menester apreciarlo por la importancia que los mismos partidos dieron al asunto y añadir las consecuencias que tuvo. En el senado se declaró que los jueces estaban vendidos y se dió principio á una severa información. El orden ecuestre se dió por ofendido, viendo en ello una tentativa para expulsar á sus miembros de los tribunales, y su enojo subió de punto, cuando algún tiempo después, indujo Craso á los publicanos á pedir una rebaja en los precios de los arrendamientos del Asia; rebaja que

los Padres desecharon. Descontentos ya por la ofensa recibida en el asunto de los jueces, apartáronse resueltamente los quirites del senado, y quedó rota la unión de los órdenes, que era la idea fija de Cicerón.

Antes de la terminación de la causa de Clodio, había partido César para su gobierno de la España Ulterior. Dejaba á su espalda á Craso comprometido con Clodio y enemistado con la oligarquía; él mismo había ligado al opulento consular haciéndole dar caución por sí á sus acreedores por valor de 850 talentos (5 millones de francos) y los caballe-



Pontífice romano (1)

ros miraban con cierta complacencia á estos dos hombres que defendían sus intereses y su honor.

En fin el procónsul de Asia estaba para llegar; y llegaba, según se decía, á la cabeza de sus legiones para acabar con la república. Pero Pompeyo no tenía esta ambición ni esta audacia; no sabiendo qué poner en lugar de aquel gobierno, creía lo mejor ocupar en él la primera dignidad, el primer puesto, y para lograrlo, entendía que no eran menester soldados, debiéndole bastar su gloria. Con esto, en cuanto llegó á Brindis licenció todo su ejército.

Esta conducta cegó enteramente á los nobles, que se creyeron dueños de la situación, y así, cuando Pompeyo pidió que se aplazaran los comicios consulares para poder intervenir en favor de alguno de sus amigos, consiguió Catón que le fuera negado este aplazamiento. Algún tiempo antes (63) había concedido el senado á Lúculo el triunfo solicitado en vano por él durante tres años; acababa de autorizar también el de Metelo Crético. Esto valía tanto como

(1) Museo Pio-Clementino, t. III, p. 19.

decir al pueblo: «He aquí los verdaderos vencedores de Mitridates y de los piratas» (2). Pompeyo se sintió profundamente. Sin embargo en su primer discurso al pueblo, habló sin cólera y con grandes miramientos y atenciones para con todos los partidos; hasta procuró halagar y atraerse á Catón.

Esta moderación en un tiempo en que el Foro estaba habituado á las violencias de la palabra, los dejó á todos fríos y nadie tomó en serio el papel de árbitro supremo que al parecer reclamaba.

A fines de setiembre celebró su triunfo. ¿No concedió el senado para esta ceremonia más de dos días? La ceremonia, á lo menos, no duró más y quedaron bastantes objetos para honrar otro triunfo. Se habían llevado al acto piedras labradas y joyas de Mitridates, su estatua de plata, su trono y su cetro, treinta y tres coronas de perlas, tres estatuas de oro, de Minerva, de Marte y de Apolo, el lecho de oro de Darío, hijo de Histaspes, y luego cuadros en que se leía que Pompeyo había subyugado hasta doce millones de hombres, apresado ochocientos navíos, tomado mil fortalezas, trescientas ciudades, fundado ó repoblado treinta y nueve ciudades, traído al tesoro 20,000 talentos y casi doblado las rentas públicas (3). Medallas acuñadas en su nombre presentaban el globo rodeado de laurel y encima una corona de oro concedida al vencedor de Africa, de España y de Asia. Había distribuido á cada uno de sus legionarios 6,000 sestercios (4); los soldados de la república son ya los mercenarios del imperio.

Pero al bajar de su carro triunfal, en que ostentaba el traje de Alejandro Magno, Pompeyo se encontró solo en aquella ciudad, poco antes llena de su gloria. Lúculo le atacaba, el senado le era hostil, Catón decía que no había tenido que combatir más que mujeres, Cicerón mismo reconocía que su héroe de otro tiempo era un hombre sin elevación ni dignidad (5). De los dos cónsules, el uno, Metelo Celer, era enemigo suyo, y el otro, Afranio, cuyo cargo había comprado Pompeyo, era, según Cicerón, una completa nulidad hasta el punto de no saber lo que valía el cargo que se le había comprado (6).

Pompeyo hizo muy luego la prueba de la estimación en que se le tenía. En Oriente había dispuesto de las coronas, hecho y deshecho reinos, fundado ciudades, habiéndolo arreglado todo, en fin, desde el mar Egeo hasta el Cáucaso, del Helesponto al mar Rojo. La sanción de todos sus actos era para él una cuestión de honor, y exigió del senado una aprobación general y pronta.

Lúculo, apoyado por Catón, propuso la conveniencia de deliberar separadamente sobre cada hecho. Pero esta discusión en que eran inevitables mil choques, hubiera rebajado singularmente al que había hecho en Asia el papel de rey de los reyes, y la rechazó. Al mismo tiempo pedía al pueblo por medio del tribuno Flavio tierras para sus vete-

(2) Pompeyo no llegó á Roma hasta fines del 62 (Clinton, *Fasti Hellen.* III, 181).

(3) 85 millones de dracmas, en lugar de 50 millones, ó unos 79 millones de francos, en lugar de 46,500,000. (Plut. *Pomp.* 47.) Se celebró el triunfo el 28 y 29 de setiembre del 61.

(4) Plin. *Hist. nat.* XXXVII, 6. Después de la liberación de Módena, el año 43, el senado prometió 10,000 sestercios y los triunviros los dieron. Los donativos y larguezas del imperio no ascendieron á tanto ordinariamente. En cuanto á la medalla representando un globo coronado de laurel, no se conoce ningún ejemplar, pero puede asegurarse que no estaba en los usos de los monetarios romanos acuñar semejantes tipos.

(5) *Nihil habet amplius, excelsum, nihil non summissum atque populare* (ad *Art.* I, 20).

(6) El dinero dado por su nombramiento se distribuyó en los jardines mismos de Pompeyo. El senado ordenó una información (Ibid. 16).

ranos; pero en el Foro, como en el senado, encontraba siempre á Catón y al cónsul Metelo. Las cosas fueron tan lejos, que Flavio redujo á prisión al cónsul: el senado entero quiso seguirlo á la prisión. Pero el patrono del tribuno se avergonzó de tales violencias y cedió por segunda vez con el corazón ulcerado y con odio profundo á aquellos nobles que le deshonraban á los ojos de sus soldados y de toda el Asia.

Entonces, si hemos de dar fe á un historiador (1), se arrepintió de haber licenciado sus tropas; pero ya era tarde. Rechazado por los grandes, no le quedaba más recurso que recoger de nuevo el papel de demagogo para el cual no había nacido. Pero del lado del pueblo estaba tomado el primer puesto y era preciso partir: César lo esperaba aquí.

## CAPITULO LII

### EL PRIMER TRIUNVIRATO Y EL CONSULADO DE CESAR (60-59)

#### I. — FORMACIÓN DEL PRIMER TRIUNVIRATO (60).

Durante los acontecimientos referidos al final del capítulo precedente, hallábase César en el fondo de la España Ulterior, cuyo gobierno le había cabido en suerte después de su pretura (61). Como gracia de bienvenida había llevado á los españoles la rebaja de los impuestos con que los abrumara Metelo Pío; en los negocios civiles se había distinguido por un arreglo de deudas (2) y por la pacificación de Cádiz, dándole mejores leyes, y en la parte militar, por expediciones contra los lusitanos de las montañas y los gallegos, de donde volvió con el título de *imperator* en junio del año 60.

Sin demora solicitó el triunfo y el consulado; pero estas dos pretensiones eran inconciliables. Para obtener la primera, ó sea el triunfo, era menester conservar el *imperium*, los lictores y el traje militar, es decir no entrar en Roma, porque á las puertas de la ciudad cesaban este poder y aparato de guerra; y para pretender el consulado, era menester ir personalmente á dar su nombre al presidente de los comicios, tres nundinas antes de la elección, y solicitar en el Foro los sufragios. Muchas veces hubo de dispensar el senado de estas prescripciones á los generales, pero esta vez quiso mantenerlas á instancias de Catón (3).

Entre una cuestión de vanidad y un asunto de poder, César no vaciló en elegir: renunció al triunfo, despidió á sus lictores y corrió al Foro con la blanca túnica de los candidatos. Craso y Pompeyo lo acompañaban y trabajaban por él. ¿Cómo se había formado esta triple alianza?

Vencido Catilina, desarmado y aun humillado Pompeyo, dos veces batido el pueblo y sus tribunos, relegado, en fin, César como en un destierro á cuatrocientas leguas de Roma, tales y tantas ventajas habían inspirado á la oligarquía esa confianza, que para su daño y perdición, da á los partidos agotados la energía de un momento. Cicerón no era ya el jefe que ella quería: á las reservas, á los miramientos del prudente consular, prefería el senado el celo ciego de Catón. Pero Catón, con su respeto á las antiguas leyes que ya nadie observaba, no ganaba nada y lo comprometía todo. «Con las mejores intenciones, escribía Cicerón á Atico, nuestro Catón echa á perder todos nuestros negocios; opina

(1) Dion, XXXVII, 50.

(2) Los acreedores, ciudadanos romanos en su mayoría, se cobraban apoderándose por expropiación forzosa de los bienes de sus deudores. César sólo les concedió la tercera parte de las rentas hasta la extinción de la deuda (Plut. *Ces.*; Cic. *pro Balbo*, 19).

(3) A lo menos, para que no se decidiera nada, estuvo hablando Catón hasta la puesta del sol, á cuya hora se disolvía la asamblea. (Suet. *J. Ces.* 18; Dion, XXXVII, 54; Plut. *Ces.* y *Cat.*) Diez años antes había concedido el senado á Pompeyo lo que negaba ahora á César.

como en la república de Platón, y nosotros somos la hez de Rómulo.»

Él fué, en efecto, quien expulsó de Roma á Metelo Népoté, quien provocó la acusación de Clodio, quien trabajó para que todo se le negara á Pompeyo. Después de la elección de Afranio, que Pompeyo había pagado hubo de lograr, que se declarara enemigos públicos á todos los que ayudaran á este tráfico, y sostenido vivamente una nueva ley del tribuno Lurco contra la corrupción electoral. A consecuencia de la causa de Clodio, y contra el parecer de Cicerón, que á toda costa quería que se respetara el orden ecuestre, Catón hizo proceder á una información contra los jueces. Cuando los arrendatarios del Asia solicitaron la rescisión de sus arrendamientos, Catón también, á pesar de Cicerón, los obligó á atenerse á los antiguos contratos (4). Por eso, en los debates suscitados por la ley agraria de Pompeyo, los publicanos negaron su apoyo al senado y permanecieron como espectadores indiferentes.

Esta vez también había vencido la oligarquía, pero gracias á la moderación de su adversario. Así, mientras los grandes se congratulaban de haber hecho que todo cediera ante ellos, veía Cicerón formarse la tempestad. «Entre toda esta gente, decía, no hay siquiera la sombra de un hombre político.» Y se detenía prudentemente, cargaba las velas y procuraba girar hacia Pompeyo, sosteniendo la ley agraria de Flavio por razones que eran la contrapartida de sus discursos sobre la de Rulo.

Era una nueva palinodia. «Pero desde la absolución de Clodio, escribía, sé yo muy bien la confianza que merece la justicia; después he visto á los publicanos bien alejados del senado, y á nuestros hombres del día, esos grandes aficionados á la pesca, no disimular la envidia con que me miran; entonces he buscado más sólidos apoyos.»

Y Pompeyo lo había acogido; Pompeyo, á quien pinta más arriba solemnemente envuelto en su túnica triunfal, había por fin hablado con elogio del famoso consulado. ¡Y cómo trata á sus antiguos amigos Lúculo, Hortensio y todos aquellos grandes personajes «que se creen en el cielo cuando tienen en sus piscinas viejos barbos enseñados á comer en la mano!»

Si el orador no recarga los retratos, á fin de excusar á sus propios ojos su defección, tales hombres eran poco temibles, y el celo, la actividad del intratable Catón no hacía más que aumentar la ilusión sobre su fuerza real. Muy recientemente no había podido convertirse en ley un senadoconsulto, y Cicerón aprovechó la ocasión para decir: «De las dos cosas que mi consulado había fortalecido, la unión de los ór-

(4) *Cato qui miseris publicanos... tertium jam mensem vexat.* (Cic. *ad Atticum*, I, 18.)